

CAPÍTULO 1

Todo lo que soy

Mis orígenes

Mi papá Luis y mi mamá Zuni se conocieron en un baile de carnaval en la ciudad de San Cristóbal y a la semana ya estaban de novios.

Al poco tiempo se casaron y tuvieron su primer hijo. Estaban muy felices e ilusionados con el nacimiento de Mariela, la primera ilusión, el primer fruto de su amor.

Después nació mi segundo hermano, Gastón, un bebé de pelo castaño, tez morena y labios gruesos, quien les trajo toda la alegría del mundo con su llegada pero se la arrebató bruscamente con su partida. Murió a los pocos meses de haber nacido.

Mis viejos no encontraban consuelo, una grieta oscura y profunda se había abierto en sus corazones. Buscaban respuestas pero no las encontraban, simplemente porque los médicos no las tenían, solo sabían que era un problema neurológico y que como consecuencia mi hermano tenía convulsiones, fiebre constante y supuraciones en los oídos, entre otros síntomas.

Claro está que en esa época no había el avance científico que hay ahora y por esa sencilla razón no pudieron hacer más nada.

Para mis padres fue muy difícil continuar con sus vidas. Dicen que el tiempo cura todas las heridas pero según mi experiencia uno aprende a convivir con ese dolor.

Y así es como mis viejos paso a paso siguieron construyendo sus sueños a pesar de la tristeza.

Pasaron los años y tuvieron su tercera hija, Jaquelina, una beba hermosa y cachetona que los abrazó con todo su amor. Y tres años después nació yo, según cuenta mi mamá casi nazco en la camilla, siempre ansioso y apurado por llegar.

Mi mamá estaba ilusionada con la llegada de un varón, pero cuando nació el médico le regaló una flor rosada. Y como una madre ama a todos sus hijos por igual, me aceptó y me amó incondicionalmente a pesar de ser una niña.

Al año siguiente nació mi último hermano, Leandro, un niño hermoso de cejas anchas, pelo negro y tez muy blanca. Al fin había llegado el varón tan esperado. Mi familia explotaba de felicidad, sin imaginarse que por detrás el destino le volvería a jugar una mala pasada.

Leandro empezó a tener los mismos síntomas que mi hermano Gastón, mucha fiebre, convulsiones y todos los problemas que les mencioné anteriormente. No hablaba, ni se reía, ni caminaba como otros niños. Él estaba tristemente postrado en una cama.

Recuerdo con mucha ternura que yo siempre dormía con él agarrado de sus manos tensas y frías. Yo lo amaba, lo protegía y lo cuidaba como a nadie. También recuerdo cuando mis papás se iban con él, recorrían hospitales, homeópatas y curanderos para tratar de curarlo, mientras yo me quedaba al cuidado de una niñera o con mis abuelos.

Pero lamentablemente cuando volvían de viaje, Leandro estaba igual o peor y en lugar de tener una respuesta, tenían más y más preguntas.

Yo no sé si ustedes creen en Dios pero les puedo asegurar que es creer o reventar, como dice el dicho. Un día llegó al pueblo una monja, que según comentaban tenía un gran carisma. Ella se enteró del caso de mi hermano y vino a verlo. Arrodillada y alzando sus ojos al cielo le habló a Dios, como desafiándolo y le dijo que por favor vea el sufrimiento de este niño y de esta familia y que por tal motivo se lo lleve al cielo, terminando su súplica con una oración.

Y así fue como a las horas, Leandro, ya era un ángel, estaba en el cielo como ella se lo había pedido.

No les puedo explicar la intensidad de este sufrimiento, solo les puedo decir que esos mismos ángeles abrazándonos con sus alas nos dieron las fuerzas para continuar. Tampoco les puedo negar que lo que yo sentí en ese preciso momento fue una sensación de abandono. Se fueron para nunca más volver y eso te deja huellas que no se pueden borrar.

Esa misma sensación de abandono la volví a sentir en mi adolescencia cuando mi hermana mayor tubo un bebe, al que llamó Alexis, y por tercera vez se repitió la misma historia, él había nacido enfermo como mis dos hermanos.

Se cree que la enfermedad pudo haber sido congénita y que se repitió en la primogénita.

Otra vez médicos, curanderos, más preguntas, más dolor, más impotencia y más muerte.

Siempre digo que las tres Marías que están en el cielo son mis tres ángeles que cuidan por mí y guían mis pasos desde allá.

La forma en que nos relacionamos con las historias familiares y creamos relatos acerca de nosotros mismos nos ayuda a establecer nuestra identidad esencial, única y auténtica. Es por ello que decidí contarles mi historia, porque forma parte de la construcción de mi propia identidad.

La identidad de género es una parte fundamental de quiénes somos, pero también está influenciada por una variedad de factores, incluyendo nuestra genética, nuestras experiencias de vida y nuestro entorno.

Las dudas que me asaltan son profundas y complejas. La pérdida de mis hermanos es una experiencia que ha dejado una marca indeleble en mi vida.

Muchas veces me pregunto ¿Me hubiera identificado como un hombre trans si mis hermanos estuvieran vivos? No lo sé, no existen los habría. Solo sé que en parte soy eso que me sucedió y también sé que mis padres al fin pudieron aceptar y disfrutar de ese hombre trans que les regaló la vida, ya que biológicamente no pudo ser posible.

La muerte de mis hermanos me llevó a una profunda reflexión sobre la vida y mi lugar en ella. La fragilidad de la existencia y la realidad de la pérdida me obligaron a cuestionar quién era y qué quería lograr. Este periodo de introspección fue crucial para comenzar a entender mis verdaderos deseos y necesidades.

A través del dolor, comencé a buscar un sentido más profundo en mi vida. La ausencia de mis hermanos me impulsó a encontrar una razón para seguir adelante, a encontrar una misión que honrara sus memorias. Este proceso me llevó a explorar aspectos de mi identidad que antes había ignorado, especialmente en relación con mi género y mi propósito como ser humano.

La experiencia de pérdida y dolor también me brindó la oportunidad de redefinir quién era. Me di cuenta de que, para honrar la memoria de mis hermanos, necesitaba ser auténtico conmigo mismo. Este viaje hacia la autenticidad me llevó a aceptar y abrazar mi identidad como hombre transgénero, un paso crucial hacia mi autoconocimiento y bienestar.

Hoy, comparto mi historia no solo como una forma de sanar, sino también para inspirar a otros que puedan estar enfrentando sus propias pérdidas y desafíos. Mi libro, “Un hombre nuevo”, es un testimonio de cómo la adversidad puede convertirse en una fuente de crecimiento y autodescubrimiento. A través de mi experiencia, espero mostrar que incluso en los momentos más oscuros, podemos encontrar luz y propósito.

Tres ángeles

Tres ángeles iluminan mi camino
Abrazando con sus alas mi destino.
Tres ángeles me protegen desde el cielo
Derramando un mar de fuerzas en su vuelo.

Un día sin avisar a mis hermanos
Dios vino a buscar
Arrancando sus tiernas vidas de
Esta lucha terrenal.
El cielo se oscureció
Nadie entendió qué pudo pasar
En ángeles se han convertido
Pero nunca se han ido
A mi lado están.

**Ángeles de Dios están en mi corazón
Ángeles de Dios acompañan cada
Paso que doy
Hoy en mi ser vuelven a renacer.**

Tres Ángeles Leo, Tom y Alex
De mi espacio son custodios
Y de mi tiempo son guardianes.
Tres ángeles escuchen mis palabras
Que elevándose hasta el cielo
Hoy lleguen a su alma.

Tres estrellas veo brillar
Sobre aquel manto azul
Que me cubre al pasar
Todos las llaman tres marías
Yo las llamo mis tres guías
Porque algo me hace sentir
Que son ellos cuidando por mí
En ángeles se han convertido
Pero siempre viven en mí

**Ángeles de Dios están en mi corazón
Ángeles de Dios acompañan cada
Paso que doy
Hoy en mi ser vuelven a renacer.**



Mi infancia

Dicen por ahí que ser adulto es recuperar esa seriedad con la que se jugaba cuando se era niño. Los recuerdos más preciados de mi niñez tienen que ver con el juego, como le sucede a la mayoría de los adultos.

Casi todos los días jugaba a la casita, donde mi rol preferido era el de papá, me acuerdo de que le robaba las corbatas a mi abuelo y me vestía con ellas. Soñaba con tener una familia y ser el hombre de la casa.

Mi tesoro máspreciado era una colección de autitos y camiones de todos los tamaños, mis viejos tenían una juguetería entonces siempre que llegaba mercadería nueva, me guardaba uno para mí. Mis compañeritas venían a casa pero se aburrían porque no les gustaba jugar con ese tipo de cosas, así que empecé a invitar a mis compañeros varones y ellos sí que estaban fascinados.

Hoy sabemos que el juego no tiene género y eso es lo que muchos les enseñamos a nuestros niños, pero en esa época los estereotipos estaban bien marcados, tal es así que había ciertos juegos para niños y otros exclusivamente para niñas.

Tuve la suerte de nacer y crecer en un pueblo, rodeado de pura naturaleza. Jugar en el monte o en el arroyo, ir a pescar, subirme arriba de los árboles, todo era hermoso.

Armábamos canchita en los descampados para jugar al futbol o al metegol. Los deportes también eran estereotipados, era obvio que el futbol solo era para varones, mientras que las nenas jugaban al vóley o al básquet.

Yo no jugaba a ser un nene, lo era. Era difícil entender lo que me pasaba en ese entonces, sabía que tenía corazón de niño y genitales

femeninos. Entendía que era diferente a los demás pero era feliz y no me cuestionaba demasiado lo que me sucedía, solo disfrutaba del momento.

También sabía que me gustaba una compañerita de grado, pero estaba prohibido decirle lo que sentía, en esa época dos niñas juntas era algo impensable, así que inventaba que me gustaba algún nene para que nadie se diera cuenta. Ella fue mi primer amor, la amaba tanto que le regalé mi colección de autitos. A los nueve años aproximadamente tuve mi primera decepción amorosa, porque ella se había puesto de novia con un compañerito, así que con mucho dolor guardé mi amor en secreto.

Me decían María del techo, porque vivía arriba del techo de mi casa, siempre me subía porque desde allí las cosas se veían diferente, desde otra perspectiva, creo que inconscientemente encontré un lugar adonde podía ser verdaderamente yo, de algún modo me inventé un refugio que era seguro y alejado de la realidad que a veces no entendía.

La primera vez que me subí a uno, tenía tan solo cuatro años, mi tío corría desesperado para bajarme porque era muy alto y muy peligroso, y me dijo... ¡El día que tengas novio te vas a poder subir! Por supuesto que nunca tuve novio pero de todas formas me sigo subiendo al techo.

El lugar adonde yo vivía era muy especial, era un salón enorme donde mis viejos tenían un negocio familiar, algo así como una especie de almacén de ramos generales. Mi viejo atendía el bar, en el que había mesas, un pool, un billar y muchos videojuegos, mi mamá atendía la tienda y la juguetería, mi abuela hacía y vendía unos helados artesanales riquísimos y mi abuelo escuchaba la radio. Recuerdo ese lugar lleno de gente a toda hora, mientras yo correteaba y jugaba por todos lados.

Otra de mis pasiones era jugar a los videojuegos. Todos los niños venían a comprar fichas para las máquinas y yo a veces les vendía y aprovechaba a sacar algunas, así que invitaba a mis compañeritos y nos la pasábamos toda la tarde jugando al 1942 que era un juego de aviones o al Mundial 86 que recién había salido de moda. La adrenalina era tremenda porque se te terminaba el crédito y perdías, no era como ahora que podés empezar de nuevo todas las veces que querés si jugás en la play o en la compu.

Además al lado del bar, tenían otro enorme salón de fiestas, era de piso y techo de madera de pinotea, en ese espacio los fines de semana, se realizaban casamientos, cumpleaños, cine y fiestas del pueblo. Había un gran escenario en el que muchas orquestas venían a tocar. Crecer viendo a los músicos y escuchando sus canciones despertó en mí un gran amor por la música. Cuando el evento terminaba y el salón estaba vacío con mis hermanas aprovechábamos a jugar a ser cantantes recorriendo todo el escenario.

En verdad puedo decir que mi infancia fue muy linda, a pesar de haber sufrido intensamente por la pérdida de mis hermanos y muchas veces la ausencia de mis viejos. Además de eso fue muy duro haber guardado todo lo que sentía acerca de mi identidad como un secreto, lo padecí mucho y la verdad es que me hubiera hecho muy bien recibir apoyo y contención de parte de los adultos.

Pero a pesar de todo, me gustaría mucho regresar a esa época, porque mi mundo estaba lleno de ilusión y fantasía, donde exploraba realidades nuevas cada día. Siento mucha ternura por aquel niño inocente que fui y si pudiera algún día encontrarme con él, le diría que no deje de soñar, que siga divirtiéndose con las cosas simples de la vida, que lo quiero mucho y que estoy muy orgulloso de él.

Mi adolescencia

La adolescencia se caracteriza por un período de cambios, descubrimientos y transformaciones físicas, emocionales y mentales que incluyen ciertos duelos. Los jóvenes comienzan a explorar su identidad y establecen relaciones, enfrentando desafíos que moldearán su futuro.

Personalmente, fue una etapa muy difícil para mí, corrían los años 90 cuando mi cuerpo empezó a cambiar, me crecieron los senos, las curvas se empezaron a pronunciar y yo no me identificaba con ese cuerpo que tenía. Sufrí mucho, primero porque no se lo podía contar a nadie, y segundo porque vivía incómodo y no podía encontrar una solución a ese problema.

Nunca me voy a olvidar cuando me vino por primera vez, todos me abrazaban felicitándome y diciendo ¡Ya sos una señorita!, yo quería salir corriendo a esconderme porque no soportaba esa incoherencia, empezaba a entender que mi género autopercebido no coincidía con mi cuerpo, pero lamentablemente en esa época no contaba con la información de que había tratamientos de masculinización, así que pensaba que siempre me iba a tener que amoldar a esa triste realidad.

Durante mucho tiempo usé vestidos, polleras y el pelo largo porque era lo que estaba permitido, lo que una señorita tenía que hacer.

Mi adolescencia fue un viaje de autodescubrimiento y desafíos, marcado por la lucha entre mi identidad interna y las expectativas externas impuestas por la sociedad y mi entorno cercano.

Desde temprana edad sentí una profunda desconexión entre mi género asignado al nacer y mi verdadera identidad. Las normas de género y las expectativas sociales me oprimían, creando un conflicto interno que me llevaba a cuestionarme quién era realmente. A pesar

de los mensajes que me decían que debía conformarme con mi cuerpo y el rol de género que se me asignó al nacer, sentía una innegable verdad en mi interior: era un hombre.

Tuve momentos de confusión y de aislamiento, donde me sentía incomprendido e invisible. Temía revelar mi verdadero yo, consciente de los prejuicios y la falta de comprensión por parte de la sociedad.

Sin embargo, a medida que crecía, también cultivaba un sentido de fortaleza interior y determinación. A pesar de los obstáculos, encontré momentos de claridad y aceptación dentro de mí mismo. Me aferré a la esperanza de que un día podría vivir auténticamente, en congruencia con mi verdadera identidad.

La adolescencia es una etapa en la que sentís todo con más intensidad. A mí me seguía gustando mi compañerita de grado, estaba muy enamorado y como mis compañeros se dieron cuenta, me dejaron de lado y no me hablaron más. Me sentía solo y sin la contención de nadie. Por suerte, al tiempo, otras compañeras me invitaron a su grupo y me quedé con ellas. Es horrible sentirse incomprendido y discriminado, sentís un dolor muy grande y te indigna que pueda existir tanta injusticia.

Como les comenté anteriormente mi refugio era el techo, así que me subía con la guitarra y unas hojas y componía canciones, escribía en metáforas todo lo que sentía, volcaba en ella toda mi bronca, todo mi dolor, la música era mi gran compañera y siempre digo que fue la que me salvó.

La adolescencia es la época de la metamorfosis, donde las alas de la libertad comienzan a desplegarse, yo pude encontrar esa libertad a través del arte, cantando sentía alegría y seguridad, allí podía ser auténtico y me olvidaba de todos los problemas.

No todos los recuerdos de esa época fueron malos, era una etapa en la que estudié mucho, iba a inglés, a dactilografía, a guitarra, a bombo, a gimnasia y al colegio. Tengo muchas anécdotas lindas junto a mis compañeros.

Recuerdo que en vacaciones de invierno, nos quedábamos todas las noches en la casa de un amigo, mirando películas hasta las cinco de la madrugada. Esa era la hora en la que íbamos a buscar las facturas recién salidas del horno de la panadería, para después tomar unos mates y comer hasta el amanecer.

También nos juntábamos los fines de semana y jugábamos al estanciero o al TEG que era un juego de mesa de estrategias de guerra, nos divertíamos mucho. La amistad es muy importante a esta edad, encontrábamos en nuestros pares la contención que necesitábamos y compartíamos todo tipo de experiencias.

En las vacaciones de verano, íbamos a la estancia de un compañero, a bañarnos en una pileta enorme que tenía, tomábamos tereré, escuchábamos música y jugábamos a la pelota. La verdad que vivimos momentos inolvidables.

En definitiva, mi adolescencia fue linda pero muy compleja, muy difícil de vivenciar, de algún modo empezaba a ser consciente de cuál era mi verdadera identidad. Esto no era para nada malo, lo malo es que lo tenía que mantener en silencio porque eso, en esa época y en un pueblito tan chiquito y estructurado, era inaceptable. Me causaba mucho dolor no poder compartir con nadie aquello que me pasaba y me sentía muy frustrado.

Si yo pudiera encontrarme con ese adolescente que fui le diría que no sufra, que la verdadera soledad radica en no estar con uno mismo, que las personas que te quieren de verdad se van a quedar y que

los falsos amigos es mejor que elijan irse, que se deje abrazar por la música siempre, por supuesto le diría que lo quiero mucho, que no se preocupe porque tiene un futuro prometedor y lleno de buenas oportunidades.

Mi juventud

En el año 1996 terminé el colegio y me fui a estudiar música a la ciudad, tenía 18 años recién cumplidos. Me encontré con un mundo nuevo, lleno de oportunidades, adonde conocí muchos amigos que tenían la misma pasión que yo por el arte. Aprendí a tocar el piano, la flauta, la batería y el bajo. Formé una banda de rock, adonde tocaba mis propios temas y algunos temas de otros artistas. Actuábamos en bares, festivales y eventos culturales.

Recuerdo que ganamos un concurso y tocamos como grupo soporte de la reconocida cantante Celeste Carballo en el Teatro Municipal de Santa Fe. ¡Fue una experiencia maravillosa!

Vivía con unos amigos locos que si les cuento la verdad, se la pasaban de joda en joda todo el día. Nos sentábamos todos juntos en la misma mesa a tomar mate y a estudiar. La pasábamos muy bien juntos, por las noches salíamos a caminar por la costanera y muchas veces nos quedábamos mirando el río hasta el amanecer.

El tiempo pasó y comencé a hacer las prácticas del profesorado en la escuela, una hermosa experiencia, la primera vez que trabajaba con niños, enseñándoles aquello que me apasionaba.

Fue una época muy significativa para mí, una etapa de liberación y autodescubrimiento.

En la ciudad conocí los boliches gays, grupos de chicas lesbianas, movimientos feministas y empecé a participar de eventos LGBTIQ. Por primera vez pude contar mi experiencia y pude ver que no estaba solo, había muchísima gente que le pasaba lo mismo que a mí.

Estaba feliz, me comencé a vestir con ropa masculina y me corté el pelo. En realidad empecé a ser yo mismo, a no ocultarme más, a ser auténtico, a pesar de la mirada excluyente de la sociedad que te juzgaba injustamente.

Me di cuenta de que debía luchar por la defensa de los derechos LGBTIQ, ya que éramos incomprendidos por ser una minoría y por sentir diferente. Entonces empecé a cantar en distintos eventos de diversidad sexual que se hacían en toda la Provincia. Fue muy importante marchar por esta causa, a través de la música y el amor. Sentía que tenía la misión de transmitir un mensaje de paz y libertad.

Comencé a trabajar en diferentes escuelas de la provincia como profe de música. Es hermosa esta maravillosa tarea de enseñar y educar a los niños a través del arte.

Después me volví a trabajar a mi pueblo y a vivir con mi novia, lo que fue un escándalo mediático, la primera vez que una pareja de lesbianas vivían juntas en mi pueblito. De todos modos, nunca me importó lo que diga la gente, yo era fiel a mis sentimientos y a mis principios.

Cierto día mirando “El gran hermano” conocí por primera vez a un chico trans, él había entrado con el objetivo de ganar el concurso, para recaudar dinero y poder operarse. Entonces allí, fue cuando me enteré de que existían los tratamientos hormonales y las operaciones para adecuar el cuerpo al género autopercebido. Así que sin pensarlo me puse a investigar sobre el tema y decidí comenzar a transicionar.

En definitiva, en mi juventud experimenté una etapa de mayor autorreflexión, empoderamiento y crecimiento personal. Después de años de lucha interna y búsqueda de identidad durante mi adolescencia, comencé a afirmar más plenamente quién era y a encontrar mi lugar en el mundo.

Si me encontrara con ese joven que fui, le daría mis felicitaciones por todo lo que logró, por haberse recibido de profe, por luchar por su autenticidad, por su libertad y por defender los derechos de la comunidad con tanto orgullo. Le diría que continúe de ese modo y que se prepare, porque de ahora en adelante se viene el desafío más difícil pero más placentero de su vida.

Canción: “Todo lo que soy”

Soy todo lo que tengo y todo lo que soy
 Soy cumbia, chamamé, canción, yo soy de Santa Fe,
 No fue casual nacer aquí, una gran fe habita en mí
 Un poeta, un soñador, que baila al son de este acordeón.

Soy estos brazos abiertos, este futuro incierto
 Esperando por ti
 Soy en tu escuela maestro, esta pasión latiendo
 El que insiste seguir
 No fue casual nacer aquí, una gran fe habita en mí
 Un poeta, un soñador, que baila al son de este acordeón.

Soy todo lo que tengo y todo lo que soy
 Lo que sueño, lo que amo, lo que espero y lo que doy
 Es natural quererte así, me enamoré en cuanto te vi,
 Te amo en clave de sol, te llevo en mi corazón.

Soy los pies de esta esperanza y el peso de esta balanza
Que se inclina hacia ti
El que al caer se levanta, quien con amor se agiganta
El que insiste seguir
No fue casual nacer aquí, una gran fe habita en mí
Un poeta, un soñador, que baila al son de este acordeón.

